

COMPASION CON LOS IRRACIONALES.

Muy señor mio: Lo que vuestra merced llama curiosidad, agradezco yo como favor. Dice vuestra merced que entre varias particularidades de mi genio, de que le informaron uno ú otro sugeto de los que me han tratado, á una sola ha dificultado el asenso, por no hallarla correspondiente al concepto, que tiene hecho de mi persona; en consecuencia de lo cual, de mí espera saber la verdad. Digo que esta curiosidad agradezco como favor. Lo uno, porque la contemplo indicio seguro del buen afecto que le debo; siendo cierto que el gusto de los hombres no se interesa en noticias tan individuales y menudas, sino respecto de hombres de quienes hacen alguna especial estimacion, mirando con indiferencia cuanto de esta clase pertenece á aquellos que mira con indiferencia. Lo otro, porque el deferir á mi informe en orden á una noticia, que en caso de ser verdadera, no me la considera vuestra merced ventajosa ó favorable, supone en vuestra merced un concepto muy firme de mi veracidad. Vamos al caso. Pintaron á vuestra merced mi genio tan delicadamente compasivo, que no sólo me conmueven á conmiseracion los males ó infortunios de los individuos de la especie humana, mas áun los de las bestias. Y el motivo por que vuestra merced dificulta el asenso á esta noticia, es porque ella le representa un corazon afeminado; estando vuestra merced hasta ahora en la persuasion de que le tengo muy valeroso, por las pruebas que he dado de fortaleza de ánimo, en la firmeza con que me he mantenido contra tantos émulos como me han atacado, y áun sin cesar me están atacando.

Es cierto, señor mio, que mi genio, en la propiedad de compasivo, es cual á vuestra merced se le han pintado. De modo, que no veo padecer alguna bestia de aquellas que, en vez de incomodarnos, nos producen varias utilidades, cuales son casi todas las domésticas, que no me conduela en algun modo de su dolor; pero mucho más cuando, sin motivo alguno justo, sólo por antojo ó capricho las hacen padecer. Cuando advierto que están para torcer el pescuezo á una gallina ó entrar el cuchillo á un carnero, aparto los ojos por no verlo. Pero esta compasion no llega al que acaso algunos llamarian necio melindre, y otros, grado heroico de conmiseracion, de meterme á medianero para evitar su muerte. Veo que ésta es conveniente, y así me conformo á que la padezcan. Nunca, en los muchos viajes que hice, usé de la espuela con las caballerías que montaba, sino lo muy preciso para una moderada jornada; y miraba con enojo que otros, por una levisima conveniencia, no reparasen en desangrar estos pobres animales. Siempre que veo un muchacho herir, sin que ni por qué, á un perro con una piedra, quisiera estar cerca de él, para castigar con dos bofetadas su travesura.

Pero esto es ser de corazon afeminado? Nada ménos. Dista tanto lo compasivo de lo apocado, que los filósofos que más observaron la conexion de unos vicios con otros, hallaron que el de la crueldad es en alguna

manera propio de los cobardes. Y en las historias se ve, que rarísimo hombre muy animoso fué notado de inhumano; siendo, al contrario, comunísima en los príncipes cobardes la crueldad.

El apoyo de san Juan Crisóstomo es soberano á mi intento. Este santo doctor fué dotado de una fortaleza sumamente heroica, de una grandeza de ánimo incomparable, que nunca pudieron doblar las iras de la emperatriz Eudoxia, ni la conspiracion de muchos eclesiásticos y seculares poderosos, cuyos desórdenes no cesaba de corregir con toda la valentía de un espíritu apostólicamente intrépido. ¿Y tenía el Crisóstomo por indigna de su gran corazon la misericordia en orden á los brutos? Antes la recomienda, como propia de todo hombre virtuoso. «Son las almas de los justos, dice el Santo, sumamente blandas y amorosas, de suerte que extienden su genio compasivo, no sólo á los propios, mas tambien á los extraños; y no sólo á los hombres, mas tambien á los brutos.» *Sunt enim Sanctorum animæ vehementer mites et hominum amantes, non solum erga suos, sed etiam alienos; ita ut hanc suam mansuetudinem etiam ad animantia bruta extendant.* (Homil. xxix in Epist. ad Roman.)

El ejemplo de otro santo doctor de mi religion, estos es, san Anselmo, no me es ménos favorable que la doctrina del Crisóstomo. Dió san Anselmo las mayores pruebas del mundo de un valor verdaderamente heroico en la constante resistencia que hizo á dos reyes de Inglaterra, Guillelmo el Conquistador y Enrico I, en defensa de la inmunidad eclesiástica. Pues el monje Eadmero, compañero suyo y escritor de su *Vida*, nos dice, que este Santo tenía unas entrañas tan dulces y amorosas, que no sólo era de un trato benignísimo con todos los hombres, sin excluir los mismos infieles ó paganos, más extendia esta benignidad áun hasta las bestias; de que refiere algunos ejemplos. En una ocasion, que viajaba el Santo, una liebre, acosada de los perros, fue á guarecerse debajo de su caballería, y el Santo se detuvo á protegerla, hasta que logró su fuga. En otra se le vió entristecerse mucho por lo que padecía un pajarillo, con quien jugueteaba un muchacho, teniéndole preso con un hilo, y alegrarse á proporcion cuando vió que el pájaro, rompiéndose el hilo, habia recobrado su libertad.

Del gran patriarca san Francisco refiere cosas admirables á este propósito el seráfico doctor san Buenaventura; como el redimir los corderos que conducian á la muerte, soltar los peces cogidos en la red y los pájaros encarcelados en las jaulas. En lo cual, como en otras muchas virtudes, era digno hijo de este glorioso santo el ilustrísimo señor don fray Damian Cornejo, cronista discreto de su religion, de quien hago grata memoria, por haberle, siendo yo jóven, conocido obispo de mi diócesis de Orense, y conocido asimismo su amabilísimo genio, por el cual puedo decir de él lo que la Escritura dice de Moisés: *Erat Moises vir mitissimus*

inter omnes homines, qui morabantur in terra (Números, 12.) Estando áun este docto y piadoso varon en el claustro, sucedió fallecer en el mismo convento donde él vivia un padre grave, que, por ser muy aficionado al canto de los pájaros, tenía algunos de los de mejor voz, colocados en varias jaulas. Pasó á la celda donde habia morado este religioso, por ser más cómoda, el señor Cornejo, obtenida para ello la permission del prelado; el cual, para su recreacion, tuvo la complacencia de dejarle en ella los pájaros. Pero luégo que los vió el señor Cornejo mostró condolerse de que aquellas inocentes criaturas, sin haber cometido delito alguno, estuviesen encarceladas, y diciendo y haciendo, abrió las puertas de las jaulas, dejándolos volar, y prefiriendo al deleite de gozar la dulzura de su voz, el gusto de que los pajarillos recobrasen su amada libertad. En otra ocasion, siendo áun muy jóven, redimió de la muerte cierta bestia, que en algun modo le pareció imploraba su proteccion, prometiendo pagar su valor (andaba á la sazón á la cuesta) de las primeras limosnas que recogiese, para lo cual suponía le daria licencia su prelado. Pero sin paga ni prenda obtuvo su demanda, enamorando al dueño de la bestia con la muestra de su benignísima índole, y singular gracia con que la explicaba.

Es para mí certísimo que este genio conmisericativo hácia las bestias prueba un gran fondo de misericordia hácia los de la propia especie; en lo que me confirma tambien el Crisóstomo, citado arriba, cuando dice que quien es compasivo hácia un bruto, mucho más lo será respecto de otro hombre: *Qui misericordiam exercet in jumentum, magis illam exercebit in fratrem consanguineum.*

Y al contrario, siento, que en un corazon capaz de sevicia hácia las bestias no cabe mucha humanidad hácia los racionales. Ni puedo persuadirme á que quien se complace en hacer padecer un bruto, se doliese mucho de ver atormentar á un hombre. Los atenienses, que fueron los más racionales de todos los gentiles, no sólo miraron esto como indicio de genio poco piadoso, mas áun de positivamente cruel, y así castigaron severamente, segun Plutarco, al que desolló vivo un carnero, y segun Quintiliano, al muchacho que tenía por juguete quitar los ojos á las codornices. Y el padre Famiano Estrada (libro vii *De bello belgico*) aprueba el dictámen de los que, notando que el príncipe Carlos, hijo de Felipe II, siendo niño, se deleitaba en matar por su mano y ver muriendo palpitantes las liebrezitas pequeñas, hicieron concepto de su índole despiadada y feroz.

Plutarco, en la oracion segunda *De esu carnium*, sospecha, que en las muertes de los brutos se fueron poco á poco ensayando los hombres para matarse unos á otros. Al principio, dice, nadie comia carne; sólo se sustentaban de los frutos de la tierra. Sucedió que despues, matando alguna fiera, se tentó á probar aquel alimento. Pasaron luégo á hacer lo mismo con algun pez ó ave indomesticable, cogidos en la red. Ya hechos á mirar sin horror la sangre de esas bestias, ó enemigas ó nada sociables, tuvieron ménos que vencer en ensangrentar las manos en la inocente, pacífica y doméstica oveja, que en su lana les tributaba el vestido; parando últimamente la costumbre, ya inveterada, de verter sangre aje-

F.

na, en enfurecerse contra la de la propia especie: *Atque ita crudelitas, illo gustu imbuita, et in illis cædibus prius exercitata, ad ovem, quæ nos vestimentis induit, et gallum gallinaceum domesticum progressa est. Et ita sensim collectis viribus ad hominum cædes, necesse est prælia pervenit.*

Ya se ve que ya no estamos en tiempo de reducirnos á la dieta pitagórica, ó culpar el uso de las carnes en la mesa. Pero me duele y me indigna ver que haya hombres tan excesivamente amantes de su regalo, que por hacer un bocado de carne más delicioso, no duelen de atormentar cruelísimamente, ántes de matarle, al pobre animal, que les ha de prestar ese regalo. Y no quiero decir el modo, porque no lo sepan por mí los que lo ignoran. ¿Y qué diré de las damiselas, que porque salga un perrillo más donoso respecto de su ridiculo gusto, están ejerciendo con él la tiranía de una rigurosa hambre y sed por todo un año, y no sé si más; y sobre esto, oprimirle la espalda con un peso intolerable, y quebrarle la nariz, estragando la figura que le dió el Autor de la naturaleza, para hacer objeto de su placer una monstruosa fealdad? ¿Y es éste el sexo blando, dulce y compasivo? ¡Oh, con cuánto gusto redimiera yo, si pudiese, estos pobres animalejos de tan desapiadada vejacion!

Debe confesarse que hay mucha distancia del vicio de mortificar un bruto por algun deleite que de ello puede resultar accidentalmente, á la sevicia de deleitarse en el mismo tormento del bruto; el cual puede ser tan horrible, verbi gracia, abrasar vivo á un perro, que algunos teólogos morales lo dan por pecado grave cuando no se hace por otro motivo que el bárbaro deleite de verle arder. Y yo suscribo sin la menor perplejidad á la opinion de estos teólogos, por la gravísima disonancia que hace á la razon tan desafortada barbarie; sin que obste que el que la padece no es hombre, sino bruto; pues tampoco es hombre el cadáver del hombre, y áun dista más del hombre, por insensible, que el bruto, y con todo, teólogos de mucha autoridad hallan malicia grave en el furioso ultraje de los cadáveres humanos, como el que practicó Aquiles, arrastrando tres veces el de Héctor, atado á su carroza, al redeador de los muros de Troya, ó el egipcio eunuco Bagoas con Artajerjes Occo, cuyo cadáver entregó, para que le devorasen, á una turba de gatos. Por lo ménos, pienso que nadie podrá negar que tales desafueros sean gravemente pecaminosos respecto de aquellos cadáveres á quienes se deba sepultura eclesiástica, por más que dichos cadáveres no lo sientan, ni se pueda verificar de ellos que son hombres.

Digo que hay mucha distancia de hacer padecer un bruto, porque de ello puede resultar por accidente alguna utilidad ó gusto, á la barbarie de deleitarse en el mismo tormento del bruto. Mas aun que la distancia en lo moral es mucha, el camino intermedio, considerado filosóficamente, es algo resbaladizo; siendo cierto que el objeto que el entendimiento eficazmente representa como útil, fácilmente se hace abrazar de la voluntad como amable.

Si vuestra merced desea apoyo más alto de mi dictámen y genio sobre este punto, creo se le puedo dar en las sagradas letras. Aquella sentencia de Salomon (*Pro-*

verbios, capítulo xi): *Novit justus jumentorum suorum animas, vicera autem impiorum crudelia*, vierten los Setenta, *Justus miseretur animas jumentorum suorum*; y realmente la contraposición, que en la segunda parte de la sentencia se hace, de la crueldad de los impíos, prueba que el *novit* de la primera tiene el significado que le atribuyen los Setenta; porque la crueldad no es contrapuesta al conocimiento, sino á la conmiseración.

En el capítulo xxiii del *Exodo* manda Dios que no se cueza el corderillo en la leche de su madre: *Non coques hædum in lacte matris suæ*. ¿Cuál puede ser el motivo de este mandato, sino la disonancia que hace á la razón el que aquel dulce licor, destinado á nutrir el cordero, sirva á disponerle más para que le devore el apetito? como que aún con los cadáveres de los brutos haya lugar al ejercicio de cierta especie de humanidad. Y en el xxii del *Deuteronomio* se ordena, que el que en un nido hallare la ave con sus pollos ó huevos, aprovechándose de éstos, deje libre y con vida la madre: *Si ambulans per viam, in arbore vel in terra, nidum avis inveneris, et matrem pullis vel ovis desuper incubantem, non tenebis eam cum filiis, sed abire patieris*. En que los expositores se hallan algo perplejos sobre el fin á que miró Dios en esta ley, y hay quienes recurran á algún sentido simbólico; pero me parece que se le puede dar bastante literal, diciendo que en ella quiso Dios dar á entender, que aunque el hombre tiene jurisdicción para usar en provecho suyo de los brutos, esto debe ser con moderación, y no extendiéndose á ser cruel ó inhumano con ellos; de suerte que se dé algo á la clemencia en ese mismo uso.

Advierto á vuestra merced que lo que he escrito en esta carta, en ninguna manera comprende á los filósofos cartesianos, los cuales en orden al asunto de ella son gente privilegiada; porque, como sólo reconocen los brutos en cualidad de máquinas automátatas, desnudas de todo sentimiento, sin el menor escrúpulo ó el más leve movimiento de compasión, pueden cortar y rajar

DESCUBRIMIENTO DE LA CIRCULACION DE LA SANGRE.

Reverendísimo padre y maestro:

Amigo y señor: Raro es el fenómeno literario que vuestra reverendísima me comunica, y no ménos curioso que raro. ¿Que es posible que un albéitar español haya sido el primer descubridor de la circulación de la sangre? Parece que no hay que dudar en ello. Escríbeme vuestra reverendísima que un amigo suyo tiene un libro de albeitería, su autor el albéitar Francisco de la Reina, impreso en Búrgos, en casa de Felipe de la Junta, el año de 1564, y el mismo vió otro semejante en la biblioteca Régia; que sin embargo, es libro raro, y acaso no habrá en España más ejemplares que los dos expresados. Remítame, pues, vuestra reverendísima, copiado, un

en ellos, hacerlos gigote, abrasarlos, aunque sea á fuego lento; bien que deberán usar en ello de dos precauciones: la una, de no hacer ese estrago sino en los brutos que están á su disposición; pues si son ajenos, aunque éstos, como meros autómatas, no lo sientan, lo sentirán sus dueños; la otra, que no se tomen esa diversión delante de los que no son sectarios de Descartes, por no moverlos á lástima ó compasión.

Nuestro Señor guarde á vuestra merced muchos años.

Habiendo leído esta carta, luégo que acabé de escribirla, mi amigo el doctor don Lope José Valdés, catedrático de teología de esta universidad, sugeto muy veraz, me dió una noticia, que dijo haber leído en un libro poco há impreso, la cual me fué sumamente agradable, por calificar mi dictámen y aprobar mi genio compasivo con el soberano ejemplo de nuestros dos soberanos. Estando el Rey, nuestro señor, y la Reina, nuestra señora, cuando estos dos príncipes no eran más que príncipes, en la diversion del paseo, en una salida de Sevilla, hácia la que llaman Torre de San Isidro del Campo, sucedió que una paloma herida vino á caer cerca de sus pies. Viendo el Príncipe padecer la inocente avecilla y que verisimilmente duraria algun tiempo su tormento, porque la herida no era de las más ejecutivas, compadecido de ella, mandó que al momento acabasen de matarla, para dar fin á su dolor. Pero á esto acudió la Princesa, diciendo que le parecia mejor salvarle, si pudiese ser, la vida, llamando á un cirujano que la curase. ¡Oh corazones verdaderamente régios! ¡Oh noble benignidad, con que se debiera dar en rostro á otros príncipes que bien léjos de compadecerse de los afligidos brutos, ni aún se duelen de las angustias de aquellos miseros racionales que la Providencia colocó debajo de su dominio! ¡Ay de los vasallos de reyes que tienen por parte de la soberanía la inelencinencia! Y ¡ay de esos mismos reyes, cuando comparezcan delante de aquel Soberano, que segun la expresion de David, es terrible hácia los reyes de la tierra! (Salmo LXXIV.)

pasaje del capítulo xciv de dicho libro, tan claro, tan decisivo en orden á la circulación de la sangre, que hace evidente que el expresado Reina la conoció. Aquella cláusula suya: *Por manera, que la sangre anda en torno y en rueda por todos los miembros*, excluye toda duda.

Veamos ahora si este hombre fué el primero que penetró este precioso movimiento, de que pende absolutamente la vida animal. El inglés Guillermo Harveo se levantó con la fama de dicho descubrimiento, á los principios ó poco despues de los principios del siglo pasado, de modo que por algun tiempo á nadie vino el pensamiento de que otro le hubiese precedido en el conocimiento de la circulación. Pero la precedencia de

nuestro albéitar respecto del médico inglés, es notoria: imprimióse el libro del albéitar el año de 1564; Harveo murió el de 1657, en la edad de ochenta años. Con que estaba impreso el libro del albéitar algunos años ántes que naciese Harveo (*).

No sé si muerto ya Harveo, ó ántes de su muerte, uno ú otro médico echaron la especie de que el famoso servita Pedro Pablo Sarpi, bien conocido por su satírica historia del concilio Tridentino, ántes que Harveo había descubierto la circulación de la sangre, y esta noticia hizo bastante fortuna en la república literaria. Este religioso, segun el Moreri, nació el año de 1552, doce años ántes que se imprimiese en Búrgos el libro del albéitar La Reina. Nadie soñará que un niño veneciano, ántes de llegar á la edad de doce años, supiese tanta anatomía, que por ella pudiese rastrear el movimiento circular de la sangre, porque, en efecto, el Sarpi, segun se dice por una delicada observacion anatómica, arribó á este conocimiento. Y sobre ése, era menester dar ántes de los doce años algun tiempo para que la noticia pudiese venir á España.

Otros pensaron hallar la noticia de la circulación en Andrés Cesalpino, famoso médico italiano, que fué algo anterior al servita. No era á la verdad repugnante, supuesto el hallazgo de la circulación por Cesalpino, que de él viniese á España la noticia ántes que nuestro albéitar escribiese de ella; pues echada la cuenta, el año de 1564, que fué el de la edicion de su libro en Búrgos, ya Andrés Cesalpino tenía algo más de cuarenta años. Pero esto nada obsta para que á nuestro albéitar se adjudique la primacía del invento. Lo primero, porque los mismos que atribuyen esta gloria á Cesalpino ponen por data de su descubrimiento el año de 1593, esto es, veinte y nueve años despues de la edicion del libro del albéitar. Lo segundo, porque aún cuando fuese la invencion de Cesalpino anterior á la edicion de este libro, ¿quién creerá que ocultándose á todos los médicos que entónces habia en España, pues ninguno se halla que toque el punto, sólo á un albéitar llegase la noticia? Lo tercero, porque el pasaje de Cesalpino, de donde se quiere inferir que conoció la circulación, necesita de que la buena intencion del que le lee, ayude mucho la letra para hallar en él lo que pretende.

Otros pretendieron deslucir á Harveo, diciendo que éste adquirió la noticia de la circulación, de Fabricio de Aquapendente, célebre médico, cirujano y anatómico italiano, profesor de estas facultades, por espacio de cuarenta años, en la universidad de Padua, donde tuvo por oyente á Harveo. Esto por varias razones se hace totalmente inverisimil. Mas cuando fuese verdad, perjudicaria al médico inglés, no al albéitar español, que fué no poco anterior á Fabricio.

No ignoro que hubo, y aún hay ahora, quienes quisieron decir, que más há de veinte siglos conoció Hipócrates el movimiento circular de la sangre. Pero ésta fué una mera afectacion, hija en parte de la supersticiosa veneracion de los hipocráticos, que quieren que nada haya ignorado su jefe, y en parte de envidia á la gloria de Harveo. El hecho fué, que luégo que Harveo

(*) Véase lo que se dijo sobre esto en los preliminares de este tomo. (V. F.)

publicó el descubrimiento de la circulación, todos ó casi todos los médicos de Europa se echaron sobre él, llenándole de injurias, tratando su invento de ilusion, y gritando contra esta inaudita novedad como contra una perniciosa herejía filosófica y médica. Harveo probó su novedad con argumentos tan evidentes, que casi todos los médicos se rindieron á ellos; pero entre éstos, algunos, y no pocos, ya por amor de la gloria de Hipócrates, ya por desvanecer la de Harveo, no pudiendo ya negar la verdad de la circulación, negaron que ésa fuese invento de Harveo, pues ya Hipócrates la había descubierto; para lo cual produjeron dos ó tres lugares de Hipócrates, que exprimiendo á viva fuerza la letra, vanamente quisieron que significasen dicha circulación.

En el suplemento al cuarto tomo del *Teatro crítico*, página 364, en la cita (a), escribí que en una observacion de las actas físico-médicas de la academia Leopoldina, copiada en las *Memorias de Trevoux* del año de 1729, se lee que el célebre Heister produjo dos pasajes, el primero de un antiguo escoliador de Eurípides, el segundo de Plutarco, «en que formalmente se expresa la circulación de la sangre.» Pero remirándolo ahora, hallo que realmente Heister no dijo ó pretendió tanto; si sólo que en uno ú otro pasaje se leen algunos de los principios anatómicos, de donde se puede inferir la circulación, sin que los autores citados llegasen á conocerla distintamente. Y de Sarpi y Cesalpino tampoco dicen más que esto los que quisieron hablar á favor suyo, sin faltar enteramente á la verdad.

En la misma parte del suplemento, página 367, en la cita (b), escribí que el baron de Leibnitz, en una de sus cartas, citada en las *Memorias de Trevoux* del año 1727, afirma como cosa averiguada que aquel famoso hereje antitrinario Miguel Servet fué el verdadero descubridor de la circulación de la sangre. La relacion del baron de Leibnitz es como se sigue: «Yo tengo tanto mayor compasion de la infeliz suerte de Servet (Calvino le hizo quemar en Ginebra), cuanto su mérito debía ser extraordinario, pues se ha hallado en nuestros dias que tenía un conocimiento de la circulación de la sangre, superior á todo lo que se sabía ántes de ella.» Servet fué algo anterior á Cesalpino. Pero como no nos dice Leibnitz hasta qué punto llegó su descubrimiento, es verisimil que aunque alcanzase algo más que los que le precedieron, no excediese á Cesalpino ó Sarpi, que le subsiguieron. Lo que se puede asegurar es, que no consta que ántes de Harveo algun médico ó filósofo haya hablado distintamente de la circulación, con la voz *circulación*, ni con otra equivalente, á excepcion de nuestro albéitar, que claramente dejó escrito que «la sangre anda en torno y rueda por todos los miembros». Y en caso que Servet llegase á otro tanto, como este autor fué español, dentro de España queda siempre la gloria de su descubrimiento de la circulación, y de tal modo queda esa gloria en España por Servet, que en ningún modo perjudica á la particular del albéitar; pues no pudiendo éste tener noticia del descubrimiento hecho por Servet, que, como insinúa el baron de Leibnitz, se ignoró hasta muy poco tiempo há, sólo en fuerza de un ingenio sagacísimo pudo arribar al proprio conocimiento. No hubo menester tanta sagacidad Harveo,